

“Sobre sexo no tengo nada que aprender... tengo que aprender a pedir”, confiesa la actriz Sarah Jessica Parker, protagonista de la serie norteamericana “El sexo y la ciudad”. Existen mujeres que nunca lograron decir en voz alta qué les gustaría del hombre que comparte su cama. Si el placer sexual es, a veces, un goce compartido, resulta difícil entender esa inhibición verbal. ¿Ignoran esas mujeres qué es lo que en verdad las excita y por eso no pueden pedir? ¿Simplemente les da vergüenza hacerlo? ¿Creen acaso que los hombres saben qué caricias o estímulos necesitan ellas?

Un misterio

Cuando Shere Hite, sexóloga americana, encuestó a 3,000 mujeres descubrió que más del 70 por ciento no llega al orgasmo por penetración y, de esas 2,100 mujeres, solamente 478 (el 22,7 por ciento) reconocen que no tienen problemas en pedirle a sus parejas estimulación del clítoris para alcanzar placer. Hite, es claro, habla de las mujeres de su país. De las argentinas no existen investigaciones. Pero lo que veo en mi consultorio son muchas mujeres con temor a ser juzgadas y condenadas por exigir un sexo activo y placentero, consideran que el silencio es útil y que manifestar interés sexual es un atributo exclusivamente masculino que descalifica a las mujeres.

Carola (22 años, universitaria) me decía: “Si vos querés durar y tener una relación a largo plazo, al principio te vas a inhibir para que el otro no se asuste. Quiero decir que si vos querés cuidar al hombre con el que estás, te vas a cuidar de lo que decís”

Sexualidad es una palabra de múltiples significados. Implica entrega y pérdida de control, supone despertar en la pareja la pasión erótica sin obstáculos en busca de un goce compartido. Ese torbellino de emociones asusta, hace que no sea muy sencillo verbalizar los deseos.

Sin embargo, las palabras excitan y hablar es para muchas personas altamente excitante. ¡Cuanto disfrutan los hombres cuando su compañera le dice que alcanzó el orgasmo... y que hubiera seguido indefinidamente si él hubiese hecho esto o aquello¡

Alejandra, (32 años), me expresaba: “Me da pena reconocer que en mi anterior relación, ése fue mi principal problema. Nunca le dije, lo que yo pensaba ni lo que sentía, creía que era por ser muy reservada. Pero ahora pienso que no confío en los demás, sobre todo en los hombres. ¿Inseguridad, miedo? Tal vez, pero no me gusta sentirme vulnerable ante la otra persona, no me gusta que sepa exactamente qué siento y creo que esta situación hace que me pierda de relaciones maravillosas”.

Para que los hombres entiendan que nos hace gozar, necesitarían un mapa completo sobre nosotras de la cabeza a los pies. Por eso hay que hablar. Porque no se trata de que te pongan una mano en el clítoris, se trata de que estén más atentos, de que sean más perceptivos y de que les preocupe lo que le pasa a la mujer. Claro que para animarse a hablar hay que vencer muchas barreras sociales y culturales. Lo más importante es que para poder pedir la mujer primero tiene que saber qué quiere y para eso tiene que conocer su cuerpo, tiene que haberlo explorado mucho y es necesario que lo haga.

Los ritmos, la frecuencia, las fantasías latentes o manifiestas, el orgasmo, las formas diversas que hay de llegar a él, son temas delicados, complejos. Sexualidad implica, precisamente, todo lo contrario a la falta de tacto. Es cercanía, contacto físico y emocional con toda la ternura y el romance que de él derivan, que puede ser extraordinariamente placentero aunque a veces no se haya concretado un orgasmo.

Realmente es un mito creer que si nuestra pareja nos quiere de verdad, debería adivinarnos el pensamiento. Si de eso no se habla, si no se guía al otro con palabras, con insinuaciones o pidiendo francamente determinados gestos, entonces surgirán frustraciones y desencuentros. Tan importantes y efectivas son las palabras.

Lic. Diana M. Resnicoff
Psicóloga clínica. Sexóloga clínica.